

# **HISTORIAS DEL TÚNEL II**

GIOVANNA HERNÁNDEZ

# HISTORIAS DEL TÚNEL II

GIOVANNA HERNÁNDEZ

## SINOPSIS

En este tomo, les ofrezco tres historias que proyectan un contenido fuerte; no es fácil para mí manejar este tipo de personajes, pero lo hago por dos cosas básicas. La primera, hacer que mi público entienda que este tipo de elementos son reales en nuestra sociedad, coexisten con nosotros y esconden su verdadera personalidad tras una máscara. La segunda, llegar a un público que gusta de este tipo de temáticas.

En esta entrega les hago llegar tres relatos: “*Se te acabó el tiempo*”. La historia de Ernesto, fuerte y desgarradora; “*El Pasaje*”, que nos enseña que nada podemos hacer cuando el boleto te indica que tu destino es la muerte, y “*El espíritu*”, historia cruel, que nos muestra lo peligroso de hacer tratos, con fuerzas que usted no conoce.

Espero disfruten este excelente trabajo de Giovanna Hernández.

**Productora Raquel Medina**

[productora2013@hotmail.com](mailto:productora2013@hotmail.com)

# SE TE ACABÓ EL TIEMPO

Giovanna Hernández

## ACTO 1

- Deme un café pequeño -pidió Ernesto al joven de la barra, pero éste pareció no escucharle. -Le estoy hablando - le dijo esta vez, pero con voz más fuerte; era de que se estaba enojando. Pero aquel muchacho seguía ignorándolo.- Me voy a otro lado, donde sí sepan atender al cliente.

Dicho esto, salió de la cafetería algo disgustado, y se sentó en la vieja butaca del parquecito.

- Voy a llegar tarde a la oficina, deben ser ya como las nueve... -se dijo mientras veía la hora en su reloj. - ¡Qué raro!, se detuvo a las 12. Bueno, después arreglo eso, vamos al trabajo.

Con mucho ánimo se levantó, y encaminó sus pasos hacia el hermoso edificio de La Occidental de Seguros; donde laboraba desde hacía 5 años. Al llegar, rápidamente entró e hizo la cola para acceder al ascensor.

- Bello día ¿verdad? -le dijo a la dama que estaba detrás de él, pero esta actuó como si Ernesto no existiera.

- Si la molesté, disculpe. -expresó el joven entrando al ascensor. -No sé qué le pasa a la gente hoy; están extraños, raros. -Esto pensó, mientras se bajaba en el piso tres. Al llegar a su oficina, saludó a Orlando Pérez, su compañero de trabajo y con quien más compartía.

- Orlando, amigo mío, ¿me adelantaste algo de lo pendiente...? -pero para sorpresa del joven Ernesto, su amigo del alma también lo ignoró. -Tú también estás raro, vale.

- ¿Será que me quieren volver loco? -se preguntó, mientras se sentaba frente a su escritorio. Rápidamente notó varias cosas: la foto de su esposa e hija no estaban allí, tampoco su maletín, ni sus cosas. Es más, la identificación de él tampoco se veía por ningún lado. Había otros objetos, una foto de una mujer que no conocía y un letrero donde se leía "José Luis Mendoza, Corredor de Seguros".

- ¡¿Qué vaina es ésta?! Me quitaron la chamba ¿será por llegar tarde?. Voy a formar peo, Asdrúbal me va a escuchar.

Sumamente enojado se dirigió a la oficina del director. Sin anunciarse entró y le expuso, en tono airado.

- ¿Por qué me quitas mi trabajo? Tengo 5 años en tu empresa y me desplazas así por así... -pero a pesar de que Ernesto casi gritaba, su jefe también lo ignoraba.

- ¿Qué pasa hoy con todos?, -se preguntó saliendo del despacho. Estaba verdaderamente desesperado. - No sé qué hacer. Pero me voy de aquí, nada hago en esta empresa.

Esto indicó mientras abandonaba el edificio.

- Tal vez hablar con Dios me haga bien, -se dijo, encaminando sus pasos hacia una iglesia.

## **ACTO 2**

En la iglesia había dos damas, una de ellas hizo la señal de la cruz en el mismo instante en que Ernesto entró.

- Ave María purísima Petra, ¿no sentiste un frío sepulcral...?.

- Como que sí, Ana, debe ser un alma en pena que entró a la iglesia.

- Se equivocan señoras, no soy ningún alma en pena, me llamo Ernesto. Entré a orar. -dijo el muchacho, y una de las ancianas lo escuchó.

- Ernesto. ¿Así te llamas? -le preguntó.

- Sí, pero no entiendo. ¿Por qué no me ve cuando me habla?

Y la señora Petra le aclaró:

- Ay mijo, usted no se ha dado cuenta, pero ya está muerto, ¿entiende?

La otra anciana no intervenía, se hallaba orando por Ernesto.

- Muerto... yo apenas tengo 24 años, estoy empezando la vida, mi hijita tiene 5 años, tiene que haber un error.

- Dime algo: ¿has notado algo raro hoy?

- Bueno si, le hablo a la gente y no me responde, me ignora.

- Porque estás muerto. Mira, vamos a ver a mi primo Alfonso, él tiene facultades y puede ayudarte. Síguenos.

Salieron las dos ancianas de la iglesia y detrás de ellas, iba Ernesto todo confundido.

### **ACTO 3**

- ¡Alfonso! ¡Alfonso...! -gritó desde afuera Petra.

- ¿Quién es? -respondió una voz ronca desde el fondo.

- Somos Petra y Ana.

- Pasen, pasen -autorizó el hombre y ellas entraron.

Aquel sitio era un pequeño patio que tenía un altar inmenso, con muchas velas, imágenes, y en el centro un plato pequeño, con aceite alrededor y una foto, cubierta de ceniza. Alfonso fumaba un gran tabaco y tomaba ron, como si fuese agua.

- ¿Qué las trae por aquí? -preguntó él.

- Venimos para que ayudes al muerto. -dijo Petra.

- Yo no estoy muerto -refutó Ernesto.

- Sí lo está, muchacho, -le respondió Alfonso -. Yo también puedo oírte -le aclaró, mientras le decía: - Escúchame bien, difunto. Te vas a parar frente a mi altar, con los brazos abiertos en cruz.

-¿Para qué? Yo no creo en eso -contestó Ernesto.

- Estás muerto, vale, haz caso o te vas -ordenó el brujo y las mujeres lo secundaron.

- Está bien, lo haré. -aceptó el muchacho, haciendo exactamente lo que se le mandó.

- Ya estoy listo -indicó el muerto. Entonces Alfonso echó un líquido sobre él, mientras tomaba ron y fumaba con más insistencia. Luego se dirigió a las fuerzas sobrenaturales del altar.

- Espíritus protectores, les presento a Ernesto, está vagando y no sabe que le sucedió.

En eso, un frío helado invadió el espacio, una especie de remolino empezó a mover todo, y unas voces que hablaban confusas y al mismo tiempo, se dejaron oír. Al ver aquello, las dos ancianas salieron corriendo despavoridas del sitio. Mientras, Ernesto cerraba sus ojos, no entendía qué pasaba.

Al abrirlos otra vez, no estaba ya con el brujo: se hallaba en una especie de carretera; cerca de él, vio un vehículo tirado a un lado del camino, el mismo había chocado contra un árbol. Por curiosidad, se acercó y observó al conductor. Era él, no había ninguna duda, estaba muerto.

- ¡No puede ser! -gritó, con desesperación. Pero para su sorpresa, ahora estaba en otro sitio.

- Esto se parece a la sala de mi casa -se dijo, y efectivamente lo era. Al fondo escuchó la voz de un hombre, lo que captó su curiosidad, por ello se acercó hasta allí y lo que observó le espantó; un tipo alto, algo corpulento, que portaba un revólver en su mano derecha, amenazaba a su familia.

- Puta, oye lo que te mando, tú y la perrita de tu hija me van a complacer en todo. Ya murió la basura de tu marido, destruí los frenos de su auto, es que no aguantaba más. Las deseo a las dos y no me conformo con masturbarme.

Ella lloraba y abrazaba con fuerza a su hija.

- ¡Preferimos morir, maldito, pero tú no nos vas a tocar! -gritó ella con desesperación. Ernesto intentó ayudar, pero fue inútil: su esposa caía víctima de un disparo, que impactó el centro de su frente. La pobre niña observaba atónita, como su madre se desplomaba al piso, mientras aquel psicópata soltaba una carcajada.

- ¡No toques a mi hija, maldito! -gritó Ernesto angustiado. Pero aquel ser se fue acercando a la pequeña, quien lloraba sobre el cadáver de su madre.

- Desnúdate, mami, y desnuda a la perra de tu madre, muerta y todo está rica.

Ernesto se sentía al borde de la locura, aquel tipo estaba despojando de su vestimenta a la desafortunada de su mujer, mientras le hablaba a la niña, tocándole los pechitos.

- Después que me coja a la perra de tu madre, me vas a mamar el güevo y te pones en 4, para darte por el culo. Desnúdate ya.

Estaba muerto, nada podía hacer, tan sólo lamentarse, llorar, vivir su impotencia. Aquel depravado colocó el revólver en el suelo, al mismo tiempo que se bajaba el pantalón, mostrando su pene a la niña. Lentamente se montó sobre el cadáver de ella, en sus labios había una sonrisa de oreja a oreja; pero en el preciso instante en que se disponía a violarla, escuchó la voz de la pequeña.

- Deje a mi mami.

El psicópata volteó hacia ella y observó que la niña empuñaba su revólver.

- Putica, deja eso, tú no sabes lo que es matar, no sabes cómo funciona eso. ¡Dámelo ya! -ordenó mientras se levantaba.

- ¡Dispara hija! -gritó Ernesto. Y para su sorpresa, ella le escuchó y le respondió:

- Sí, papá.

- A mí no me llames papá, llámame papi -indicó el asesino y ella soltó el primer tiro, el cual impactó el hombro izquierdo del psicópata.- ¡Maldita, maldita perrita, te voy a matar! -gritó el depravado y Ernesto le volvió a pedir a la hija:

- ¡Dispara!

- Lo sé, papá -volvió a responder ella, ante el asombro del psicópata, el cual no se explicaba con quién hablaba la niña.- Estás loca, perra, dame el arma. -volvió a exigir.

Pero el asesino se equivocaba: la niña estaba restanda y otra vez volvería a disparar. Esta vez la pequeña logró impactar el pecho del delincuente.

- No puede ser que yo muera asesinado por una ¡maldita mocosa! –gritó, y otro disparo entró a su cuerpo, esta vez en la cabeza, quedando aquel desgraciado de rodillas en la sala.

La niña soltó el arma y corrió llorando hacia el cadáver de su madre. Ernesto se puso a su lado y le habló

- ¿Me oyes hija?

- Sí, papá, te oigo –respondió.

- En aquella mesita del fondo hay un teléfono y una libreta, busca el número de tu tía Luisa, dile que venga ya. Quedarás con ella amor, yo estoy muerto, tu mamá también.

La niña hizo lo que su padre le ordenó y eso fue todo lo que Ernesto pudo hacer por ella. Una nube de polvo cubrió todo: la soledad, el silencio, el vacío, la muerte, el fin.

